

DICE LA MANOLA.....

Una misteriosa melancolía vá invadiendo a nuestra encantadora pitonisa. En nuestra última charla con la beldad de bronce se lo hicimos observar; no obstante, ella guardó inexplicable silencio. Más aún: nos ordenó, con la dulzura de su voz metálica, que no insistiéramos ni tratáramos de indagar, al menos por ahora, la razón de su tristeza. Nosotros, obedientes, no insistimos más y nos concretamos a dirigirla la pregunta de ritual:

—¿Qué sorpresa nos guarda para el próximo martes la simpática Manola?

Esta agita sus grecas vestes en un divino y sugestivo temblar del bronce y alzando majestuosamente su ondulada testa:

—Escucha—nos dice—y no me interrumpas con tus insaciables curiosidades, pues deseo terminar pronto. Sabrás que desde que Febo, con sus abrasadores rayos, pareció querer enseñorearse de los manchegos campos, los pacíficos ciudadanos, los pequeños y revoltosos e inquietos muchachos se acordaron de mí para disfrutar del apacible frescor que, avaros, conservan estos pobres árboles que me rodean.

La alegría que el retorno de los pródigos chiquillos debió infundir en mi corazón, viose pronto defraudada por el espectáculo de esos juguetones infantes que, animados, sin duda, por el abandono y la incuria en que me veo, convirtieron el Parterre joh innato sentido práctico de la infantilidad!—en campo de foot-ball, con lo que, como supondrás, los ebónibus, los macizos, etc., se vieron sorprendidos por la irrespetuosidad de la trapacería y pisoteados y escarnecidos por su incansable actividad.

—¿Pero es que no hay nadie encargado de hacer cumplir el respeto y la agradecida simpatía a que las flores y los árboles tienen derecho?

—Sí, hay un guarda; pero no un guarda como hay muchos, sino un verdadero guarda; un guarda, que bajo la capa de su sencillez, encierra un acendrado amor al trabajo y una decidida afición a éste lugar de escondida paz y de religiosa quietud.

—¿Entonces.....?

—¿No te lo explicas, verdad? ¡Pues es bien sencillo. Mientras el guarda desempeña su benemérita labor de cuidar y arreglar las plantas; mientras con esmero oculta en la obscura tierra de los macizos la misteriosa semilla que ha de ser, con la magia de su fecundación, la pueril violeta y la encantadora margarita, los muchachos, en la parte opuesta, hurtándose a sus miradas, hacen de las suyas. Esto el guarda no puede evitarlo, a no ser que tuviera el divino don de Dios: estar al mismo tiempo en todas partes.

—¿Es así que la cosa no tiene remedio?

—Sí. En tanto el guarda se entrega a su concienzudo trabajo, podría el Ayuntamiento, o la persona o personas encargadas de éstos menesteres, disponer que alguno de esos peripatéticos policias, se dieran un paseito por éste jardín, pues no dudo que la presencia aquí de su flamante uniforme sería suficiente garantía para el respeto que a ésta, mi mansión, debéis todos guardar.

—Quizás llesves razón, generosa sibilina. ¡Un policía es algo tan definitivo, tan serio, tan onomatopéyico! La misión que le está encomendada es tan trascendental, que creo, como tú, que constituiría un gran acierto hacerles girovagiar por éstos discretos paseitos..... aunque sólo fuera de raro en raro....

Supongo, tendrás conocimiento de que has salido a relucir en la sesión municipal de hoy.

—Sí..... Y me duele mucho de que a los concejales se les crispén los nervios por cosas de forma y por *tiquis-miquis* de interpretación, hasta el punto de que parece un cuerpo de letrados con aspiraciones de letrados dados a interpretar textos y a fijar el alcance de los conceptos presupuestales, de los que se *nutren*..... tantas y tantas cosas, que ya irán saliendo, las unas para regocijo de las gentes, y las otras para escarmiento de los que se hayan atrevido a ejecutarlos. ¿No sabes de quién me acuerdo?

—¿De quién encantadora Manola?

—Pues de un alcaldillo de *chicha* y *nabo*, o de un alcalduelo de *poco más o menos*, apenas iniciado en las cosas políticas y en las de administración; D. Joaquín Ruíz Giménez, que no ha sido nunca apenas nada hasta que ocupó el sillón presidencial edilesco en la Villa del Oso y del Madroño.

Ese infeliz Alcalde, antes Gobernador, Director general, Ministro, Académico, y una *porquería* de cosas, se le alcanzó, pocos días hace, decir en funciones de su insignificante cargo, que había una ley y un no sé qué artículo en ella, según los que, después de la oportuna reclamación al efecto, puede exigirse responsabilidad personal a los concejales y hacerla efectiva en sus bienes, por lo que hayan hecho mal o dejado de hacer bien, o sea, lo que los ediles, letrados y literatos dirían *acción* u omisión.

Y ahí le duele; estoy pensando si habrá en Daimiel unos cuantos hombres dispuestos, empleando los nombres que les voy a dar, a hacer uso de ese artículo, de esa ley, o de otra que sea aplicable, pues yo no entiendo de tantas cosas como algunos concejales, para que sea indemnizado el Municipio, y resarcidos los presupuestos de aquéllas *nutriciones* de que debieron tomar jugo, si por acaso no lo tomaron, y a la vez proporcionaré ocasión para que se luzcan—quien quiera que fuere—que hubiera estado vigilante para que los ingresos y los gastos del Ayuntamiento hayan sido y se hubiesen realizado tal cual mandan las leyes.

Y vamos ahora con lo del Cementerio.

No se chinchén los concejales cabilosos buscando quien me inspire, el caso sencillo es y está a las vistas de todo el que quiera mirarlo en Daimiel, que los ingresos diversos del Cementerio han ascendido en el periodo a que me referí en mi anterior coloquio, a más de 7.000 pesetas; que los gastos no alcanzan a 3.000 pesetas, que hay en ese santo lugar mucho que hacer, para que no afee a la vista y no haga más ingrata—que naturalmente lo es—la estancia en aquél recinto, a los que aún no han sido llamados definitivamente a él, y por encima de toda casuística interpretación, el hecho *estupefante* o despampanante de que se diga en la sesión municipal que los fondos o ingresos por razón del Cementerio están en las arcas del Municipio, y, sin embargo, se están adeudando cinco meses de su salario al conserje y al peón que están al servicio de la municipalidad.

Conste, pues, que la primera *nutrición* a que debía atenderse con aquéllos ingresos es a la de esos dos infelices empleados a quienes no habrá el macabro antojo de querer que dejando de *nutrirse* vayan a hacer compañía a los *habitantes* de aquél lugar de reposo.

La aurora se asoma por Oriente; véte con Dios y afila el lápiz para la semana venidera y que preparen fila algunos oyentes.